

14-A | General | Editorial

Transiciones
VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA*

Para congraciarse con la clase media

Afirmar que la educación pública de nivel básico es de mala calidad en nuestro País no es ninguna novedad. “Catástrofe silenciosa” la llamaba Gilberto Guevara Niebla a inicios de los noventa. Como un “desastre educativo”, lo calificaban otros. Lo cierto es que hay un amplio consenso para hablar del fracaso escolar mexicano.

La formación escolarizada de calidad es de fundamental importancia para enfrentar los graves problemas que amenazan la viabilidad del País. Pero este lugar común es en realidad una carencia social a la que hemos terminado por acostumbrarnos. Sucede un poco como el tema de la violencia; es tan cotidiano que lo que hacemos es cerrar los ojos para ver si así se resuelve.

Lo anterior lo expreso a propósito del decreto presidencial por medio del cual las colegiaturas escolares serán deducibles en un porcentaje del pago de los impuestos. Quienes envían a sus hijos a escuelas privadas y pagan altas cuotas han recibido de muy buen agrado la noticia. Pero, al margen de esas muestras de júbilo, ¿qué repercusiones reales tendrá la medida? Sucede que apenas un 10% de los niños mexicanos acuden a recibir educación básica a escuelas privadas; la amplia mayoría sigue formándose en escuelas públicas; a esa mayoría no le beneficia el decreto. Se trata de una política que ahondará las diferencias sociales y la inequidad. La mayoría abrumadora seguirá recibiendo educación de mala calidad y una minoría seguirá accediendo a una educación que los prepara para incorporarse a un mercado crecientemente competitivo.

¿No hubiera sido mejor que esos recursos (13 mil millones de pesos) que se devolverán a las clases medias y altas se hubieran invertido en mejorar la infraestructura de la educación básica pública? Es muy probable que se parta de un diagnóstico equivocado y que han difundido recientemente algunos académicos: México es ya un país de clase media, entonces ¿para qué pensar en los pobres que están en franco proceso de desaparición? Pese a todas las evidencias en contra, los optimistas afirman que el problema de la pobreza es de percepción: en realidad lo que tenemos es una inmensa mayoría que ha accedido a bienes materiales que permite ubicarla en otra clase social: la

de en medio. Así, México, de país de pobres, se ha convertido en un país clasemediero.

La medida, para sus promotores, va al corazón mismo de la sociedad mexicana: los hogares de clase media. En esa idílica visión, se beneficia a la mayoría de los mexicanos que ya hoy es muy probable que envíen a sus hijos a estudiar a escuelas privadas. Por eso seguramente las escuelas públicas de educación básica se han ido quedando solas. Muy pronto, tal vez justo antes de las elecciones presidenciales, los clasemedieros habrán mudado a sus hijos y la educación pública será cosa del pasado, sólo presente en los museos del culto nacional. Así es la modernidad, ni modo. Por eso, debemos hacer deducibles las colegiaturas que pagamos a las instituciones privadas.

El pasado lunes 21, el Dr. José Narro Robles, rector de nuestra UNAM, criticó el decreto y afirmó que con “tan sólo la mitad de los 13 mil millones de pesos de exenciones fiscales se habría podido ampliar la cobertura de la educación superior para dar oportunidades a los jóvenes”. Y dijo, además, que “el país necesita de manera urgente modificar el rumbo”. Otras voces sensatas han opinado en la misma dirección. Tal parece que la medida parte de un diagnóstico equivocado (México es ya un país de clase media) y sus pretensiones son más bien políticas, pensando sobre todo en la sucesión presidencial: como la mayoría de mexicanos son clasemedieros hay que buscar congraciarse con ellos pues de ahí provendrán los votos para refrendar el triunfo.

Efectivamente el peso electoral de la clase media es muy importante, así se demostró en 1988 y 2000. Sin embargo, considero que si bien hay algunos patrones culturales provenientes de las zonas media y alta de la sociedad que han sido adoptados por los sectores populares, ello no basta para desconocer la realidad de la estructura social mexicana: la nuestra, pese a los buenos deseos, es una sociedad de pobres y que han visto engrosar sus filas durante las dos últimas décadas. La mayoría de los niños y jóvenes mexicanos continúan recibiendo su instrucción escolar en las instituciones públicas.

Correo electrónico: victorae@colef.mx
 * El autor es investigador de El Colegio de la Frontera Norte.